

En Cristo nadie es extranjero

Febrero 11, 2007 -- Sexto Domingo en Tiempo Ordinario



Mis queridos amigos en Cristo



Mis más calurosos saludos a ustedes ahora que empezamos todos juntos este nuevo año como la Diócesis de Fort Worth. Aprovecho esta ocasión para compartir con todos ustedes algunas reflexiones que han estado en mi corazón, en mi mente y en mis oraciones durante estos varios meses que he estado a su servicio como obispo.

La hospitalidad del pesebre

En la temporada de Navidad, la iglesia presenta a nuestra atención una vez más el recuento de la historia con la que estamos familiarizados, pero que no deja de asombrarnos, de cómo Dios se hizo humano, por el poder del Espíritu Santo y la generosidad llena de gracia de María. En mi reciente visita a Tierra Santa, aprovechando la oportunidad de pasar tiempo en la Iglesia de la Natividad en Belén, me maravillé ante la enormidad del amor de Dios.

La historia del nacimiento de Jesús es infinitamente profunda, y refleja la infinita bondad y misericordia de Dios. Al meditar en esto, con respecto a mi permanencia como obispo de Fort Worth, me impresiona el ver qué tan poderosamente nos habla este misterio de la gracia de la hospitalidad.

En la historia de la Navidad, como siempre, la iniciativa es del Señor, que como Dios, invita a María a ser la madre de Jesús. Dios Trino le invita a participar en una asociación cooperativa para la salvación del mundo y le da un papel activo en el plan divino de la salvación.

María hace en su propia persona un lugar que acoge y nutre al Hijo de Dios. Por medio del acto radical de hospitalidad de María, Jesús se hace humano, y de esta manera toda la creación cambia para siempre.

Cuando Jesús nace, junto con su madre y José, ofrecen hospitalidad, a pesar de su extrema pobreza, y les dan la bienvenida a los harapientos pastores para que sean entre los primeros que le ofrezcan alabanza y le rindan honor.

La hospitalidad y la bienvenida a otros dentro de nuestra comunidad de amor y servicio, que es la Iglesia, siempre ha sido importante en nuestra forma de ser, y ha sido un factor enriquecedor de mi experiencia vivida aquí en la Diócesis de Fort Worth.



Una experiencia de bienvenida

Cuando recibí la petición del Santo Padre para que entrara al servicio de obispo coadjutor en Fort Worth, sentí una gran humildad ante la confianza depositada en mí. Al mismo tiempo, mientras abordaba el avión para Fort Worth por primera vez, me sentía un poco más que aprehensivo por los retos que acompañan esta enorme tarea.

Venía de un mundo que me había sido familiar durante toda mi vida. No solamente me había ejercido como sacerdote en la Diócesis de Springfield en Illinois durante casi veinticinco años, sino que también allí me había criado. En mis oídos, la frase “mi diócesis” me traía a la memoria Springfield. Dejaba atrás, no solamente una asignación ministerial, sino mi casa misma, el panorama diario de mi vida.

En cada una de las etapas de mi transición, ya sea desde los primeros días de mi llegada aquí, durante la tremenda tristeza por la muerte del obispo Delaney y del poderoso gozo de mi ordenación, en cada una de las parroquias y escuelas, en las reuniones de ministerios y actividades cívicas y al compartir comidas en el hogar de distintas personas, ustedes me han dado la más calurosa bienvenida.

Me siento profundamente agradecido por la hospitalidad brindada pues, por medio de ella, “mi diócesis” ha llegado a significar la Diócesis de Fort Worth. He llegado a sentir que mi casa está verdaderamente aquí, con toda la gente que conforma esta vibrante y ricamente diversa iglesia local, la Diócesis de Fort Worth.

La casa del Señor

Las reflexiones sobre nuestras experiencias nos recuerdan que, en el más profundo centro de la existencia humana existe un ansia viva de comunión, un hambre por escapar la prisión del egoísmo y aislamiento para la liberación que consiste en la conexión profunda y duradera con todo lo que es Bueno, Verdadero y Bello.

En lugar de anhelar algo, anhelamos a Alguien. San Agustín, en sus escrituras de principios de los años cuatrocientos, expresó este sentimiento en su famosa oración: “Tú nos has hecho para ti, y nuestro corazón no halla reposo sino hasta reposar en ti”.

A la larga, esta profunda inquietud no se puede satisfacer lejos de la comunión con Dios, en Jesús de Nazaret. En Él, la posibilidad de una intimidad profunda y duradera con Dios se nos ofrece a todos.

Jesús está presente en el mundo, de una manera única y preeminente, en la comunidad con Sus discípulos, la Iglesia. Así, nuestro anhelo innato de estar conectados con Dios se vive en forma práctica con nuestra conexión con la Iglesia y dentro de su contexto.

En su carta a los efesios, Pablo nos habla de la Iglesia en términos de una familia, llamando a los discípulos de Jesús “miembros de la familia de Dios” (Efesios 2:19). Y es en calidad de miembros de esa familia que encontramos nuestra casa duradera, siendo recibidos por Dios en Su vida interior como Padre, Hijo y Espíritu.

En la Iglesia nos reunimos y somos guiados en nuestra jornada de fe de la siguiente manera:

- El bautismo nos inicia en la vida de comunidad con Cristo
- La confirmación sella y fortalece nuestro compromiso con las responsabilidades adquiridas en el bautismo
- Las órdenes sagradas les dan fuerza a los líderes servidores de la Iglesia, quienes guían y edifican su unidad
- El matrimonio santifica el profundo lazo del pacto entre esposo y esposa, señal viva de mutualidad y dádiva propia para la Iglesia y el mundo en general
- La penitencia cura las heridas del pecado y restablece los lazos de hermandad que nos conectan con Cristo y unos con otros mutuamente
- El sacramento de los enfermos conforta a los miembros enfermos y manifiesta la compasión de Cristo
- La Eucaristía, “la cima a la cual la actividad de la Iglesia se dirige y fuente de la cual fluye toda su fuerza”, (ver Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium* (SC), 14), expresa esa comunión con Dios y de unos con otros, que es la esencia de la vida y la misión de la Iglesia.

Esta noción de nuestra relación íntima y transformadora con Dios y unos con otros en la Iglesia, lo que a veces se identifica simplemente como “comunión” (en latín, *communio*, “con uno”), es central para que entendamos nuestro propio estado como católicos.



Cuando vemos el rostro de otras personas, ¿qué tan bien vemos la luz del amor de Dios brillando en ellas?

¿Nos esforzamos por reconocer, incluso en aquellos que parecen ser más diferentes a nosotros o cuyos valores parecen ser contrarios a los nuestros, a nuestros hermanos y hermanas en Jesús?

¿Qué tan profundamente las enseñanzas de Jesús han penetrado nuestro corazón y nuestras acciones cuando Él dice “amen a sus enemigos y oren por los que los persiguen a ustedes”? (Mateo 5:44)





“En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo . . .”

La comunión es la esencia de la Iglesia. Es lo que somos y lo que hacemos. Nacida por el poder y la gracia de Dios, animada y sostenida por Su Espíritu, la Iglesia es un reflejo de la vida misma de Dios como comunidad de personas.

Jesús, mediante el Misterio Pascual de su vida, muerte y resurrección, le reveló al mundo la vida interior de Dios como Trinidad. Somos bautizados “en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19). Diariamente invocamos a la Trinidad con la señal de la cruz. En el Credo profesamos nuestra fe: “[. . .] en un solo Dios, Padre Todopoderoso [. . .] y en Jesucristo, su único Hijo [. . .] en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida”.

La unidad de Dios es absoluta. El Padre, el Hijo y el Espíritu comparten el mismo Ser, la misma esencia. Uno no es más divino que otro. En Dios no hay separación por rango, ni división por funciones, ni desacuerdo de voluntad ni de afectos ni de acción. La mutualidad por la que se caracteriza la vida de Dios es tal que podemos decir, no simplemente que Dios ama, sino que, con Juan en su primera carta, “Dios es amor” (1ª Juan 4:7).

Al mismo tiempo, la distinción de cada Persona de la Trinidad es real. Las palabras de Padre, Hijo y Espíritu no son meros nombres que les damos para describir diferentes aspectos de una divina Persona o diferentes experiencias de Dios. El Padre no es el Hijo, el Hijo no es el Padre, el Espíritu no es ni el Padre ni el Hijo.

Esta unidad en la diversidad, esta infinita y santa mutualidad, es un misterio permanente que podemos describir y aclarar, pero solamente hasta un grado limitado. La doctrina de la Trinidad, a la larga, nos llama a mantener un silencio de admiración y adoración.

La espiritualidad de la comunión

Cuando Cristo nos lleva a la familia de Dios, la Iglesia, por medio del bautismo “en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”, no solamente nos revela una verdad acerca de la vida interior de Dios, sino que nos incorpora dentro de ella, como sus hermanas y hermanos, “coherederos”, como dice Pablo, con Él (Romanos 8:17).

Si verdaderamente nos hemos convertido en hijos e hijas de Dios; si ya, en forma provisional, hemos sido transformados dentro de Su familia, y si la comunión está en el centro de nuestra identidad y de nuestra misión, entonces en cada aspecto de nuestra vida común debemos reflejar esa verdad permanente.

El papa Juan Pablo II, en su Carta Apostólica del 2001 titulada *Novo Millennio Ineunte*, reflexiona sobre la naturaleza de la Iglesia tanto como resultado de la comunión con Dios y de la comunión de unos con otros, como también de la visible demostración de ello (cf. *NMI*, 43). La misión de la Iglesia, dice, es la de ser “la casa y la escuela de la comunión”.

Antes de ascender al nivel de planeación estratégica, sin embargo, tenemos que cultivar un sentido de qué tan penetrante y fundamental es nuestra comunión. Debemos, en otras palabras, articular y fomentar “la espiritualidad de la comunión” (*NMI*, 42).

¿Cuáles podrían ser señales seguras de tal espiritualidad?

Dentro de la espiritualidad de la comunión se presta atención indivisa al misterio de la Trinidad, fuente de toda comunión verdadera. ¿Apartamos el tiempo para dedicarnos a la reflexión, orando y reflexionando explícitamente sobre la presencia de este Dios Trino en nuestra vida? ¿La manera en la que rezamos, individualmente y junto con otras personas, brinda testimonio al sentido de Dios como una amorosa comunidad de Personas? ¿Hasta qué grado la realidad del inacabable amor de Dios ha penetrado nuestras conjeturas acerca de la relación con Él?

La comunión que surge del infinito amor de Dios y de su misericordia nos conecta no solamente a Dios, en forma vertical por decirlo así, sino también en forma horizontal con toda la familia humana. La espiritualidad de la comunión consiste en tomar conciencia de que el amor de Dios transforma la forma de ver a las personas que amamos y también a los extraños.

Cuando vemos el rostro de otras personas, ¿qué tan bien vemos la luz del amor de Dios brillando en ellas? ¿Nos esforzamos por reconocer, incluso en aquellos que parecen ser más diferentes a nosotros o cuyos valores parecen ser contrarios a los nuestros, a nuestros hermanos y hermanas en Jesús? ¿Qué tan profundamente las enseñanzas de Jesús han penetrado nuestro corazón y nuestras acciones cuando Él dice “amen a sus enemigos y oren por los que los persiguen a ustedes”? (Mateo 5:44)

En la Misa de los domingos, que es el corazón de la vida de la parroquia, se le da voz a la espiritualidad de la comunión con una “participación completa, consciente y activa”, de toda la concurrencia -- sacerdotes, diáconos y feligreses -- reunida por Dios a fin de dar alabanza y gracias (ver Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium* (SC), 14).

Cristo está presente en la gente que está reunida, en la proclamación que se hace de la Sagrada Escritura y de la predicación, en el sacerdote que preside, y, en forma que no se puede superar, en el sagrado alimento y bebida que es Su Cuerpo y Sangre (ver SC, 7). ¿Entramos a esos momentos con el debido cuidado y receptivos de encontrarlo a Él allí?

El cultivo de la espiritualidad de la comunión es una prioridad. La evaluación de nuestras propias actitudes y expectativas, tanto individuales como en comunidad, nos ayudará a reconocer nuestros puntos fuertes sobre los que podemos edificar y nuestras debilidades en el entendimiento y la práctica que nos invitan a una conversión más profunda.

La producción de buen fruto

Cuando me inicié en el ministerio como obispo de ustedes, me fijé como prioridad emplear tiempo con los sacerdotes y los fieles de la diócesis. Sabía que no podría avanzar con éxito en este ministerio hasta que lograra que mi punto de vista se conformara con la experiencia de mis hermanos sacerdotes, diáconos, religiosos y laicos, que juntos forman el pueblo y las parroquias de la Diócesis de Fort Worth.

Ha sido tanto un privilegio como un placer viajar a lo largo y a lo ancho de la región norte y central de Texas y pasar tiempo con tantos de ustedes. En solamente poco más de un año, he visitado casi todas las parroquias, desde la Natividad de la Santísima Virgen María en Penélope a Santa María en Quanah; de la parroquia de la Santa Cruz en The Colony a San José en Rhineland. He celebrado con ustedes, en múltiples idiomas, la consagración de templos, aniversarios de parroquias, término de hipotecas y docenas de festivales étnicos y nacionales.

He presidido muchas liturgias maravillosas en iglesias grandes y pequeñas. Entre las experiencias más conmovedoras pienso especialmente en la del Llamado a los Sacramentos de Pascua de Resurrección, la primera Misa para todos los alumnos de nuestras escuelas católicas, vibrantes liturgias con nuestra juventud, la Misa dedicada al Respeto por la Vida en la Catedral de San Patricio y la Misa anual en honor de Martin Luther King.

Durante estos meses, he tenido el privilegio de ordenar a cuatro diáconos que muy pronto recibirán las Órdenes Sagradas para servir como sacerdotes en nuestra iglesia local. La ordenación sacerdotal del Padre James Flynn, la primera para mí, siempre será un suceso inolvidable en mi ministerio episcopal.

En mi papel de obispo he tenido la oportunidad de participar en varias reuniones. Mi primera asamblea de presbíteros, la reunión anual de ministerios, reuniones de varias mesas directivas y consejos diocesanos, asambleas de mujeres y hombres de órdenes religiosas, actividades de Caridades Católicas, reuniones nacionales y regionales de las que hemos sido anfitriones, reuniones administrativas del Centro Católico y reuniones con docenas de grupos de jóvenes y adultos mayores, a lo lejos y a lo ancho, todo junto me ha ofrecido la gran oportunidad de escuchar historias de fe, así como de ver la dedicación y la creatividad y amor de la gente de la Diócesis de Fort Worth.

La misión esencial de la Iglesia es evangelizar; esto es, la de proclamar la Buena Nueva del amor de Dios por medio de lo que decimos y hacemos. Cristo mismo es nuestro modelo y nuestro mensaje. Él puso a prueba a los poderosos y consoló a los afligidos; les dio vista a los invidentes, oído a los sordos y voz a los mudos. Alimentó a los hambrientos, sanó a los enfermos y liberó a los prisioneros, y en todas partes reunió a su alrededor a los extraviados y confusos. Pero sobre todo, le dio gracias y alabó al Padre.

Durante todos mis viajes a través de la diócesis, he podido constatar personalmente qué fielmente buscan imitar el ejemplo de Cristo nuestras parroquias y escuelas, nuestras agencias y movimientos. La gratitud por las abundantes bendiciones que marcaron nuestro Sínodo hace algunos años ha venido a ser más que algo que he observado a distancia, sino que ahora se ha convertido en algo que he vivido personalmente y que comparto desde lo profundo de mi corazón.



La sabiduría de la Madre Teresa de Calcuta se destaca ampliamente cuando dice:

“Si no tenemos paz, es porque hemos olvidado que nos pertenecemos unos a otros”.

La promoción de *communio*

Oportunidades que ponen a prueba, oportunidades que enriquecen

El llegar a conocer la diócesis, su rica historia y sus muchos éxitos, me ha causado gran satisfacción. Al mismo tiempo, sin embargo, sé que nosotros, como otras diócesis, hemos experimentado tiempos de prueba en el pasado y nos enfrentaremos a otros en los días por venir.

De los más apremiantes y en muchas formas más perturbadores, son los asuntos de conducta sexual impropia y abuso sexual que, aunque hayan ocurrido en el pasado, continúan siendo motivo de pesar y escándalo.

Sigue siendo un asunto importantísimo el responder a las necesidades de los que han sido lastimados. La necesidad de curación se extiende tanto para las víctimas directas de abuso y para el círculo más amplio

de familias, amigos, parroquias y la comunidad escolar cuya confianza ha sido traicionada y cuya seguridad se ha visto sacudida. Su sufrimiento es una grave herida en contra del Cuerpo de Cristo, y un obstáculo mayor para el desarrollo y profundización de *communio*. La curación y recuperación son una prioridad en mis oraciones más fervientes y en mis labores más dedicadas.

Otra realidad apremiante es el crecimiento explosivo de nuestras parroquias. Los católicos llegan aquí tanto del norte como del sur, y traen con ellos la necesidad de participar en una Iglesia que les abra los brazos y les otorgue cuidado pastoral, educación religiosa, conexiones sociales y vida sacramental. Este crecimiento es una gran bendición, pero al mismo tiempo, sin embargo, nos presenta pruebas amedrentadoras.





Debido al número en escalada de católicos, necesitamos más parroquias de las que en la actualidad tenemos. Sin embargo, varias dificultades nos prohíben movernos con la rapidez que quisiéramos.

La realidad financiera que significa la adquisición de terreno y la construcción de instalaciones es amedrentadora. Se lleva tiempo encontrar los sitios adecuados y la construcción es por propia naturaleza un proceso lento y costoso.

Un obstáculo más apremiante que el establecimiento de nuevas parroquias es el número de sacerdotes disponibles a servir como párrocos. A pesar de que nos hemos visto bendecidos recientemente con un aumento considerable en el número de seminaristas, tendrá que pasar algún tiempo antes de que se les ordene. Mientras tanto, la edad de nuestro dedicado y talentoso equipo de sacerdotes aumenta al tiempo que las demandas de su tiempo y energía continúan aumentando exponencialmente.

El futuro parece prometedor en lo que respecta a contar con más sacerdotes, y la generosidad financiera de los católicos locales continúa en expansión. Empero, las necesidades pesan sobre nosotros, y existe el riesgo de que la gente se descorazone con parroquias que cuentan con una cifra demasiado alta de parroquianos y con instalaciones que son inadecuadas. No podemos profundizar nuestro sentido de comunión con personas que simplemente no están presentes.

La enorme bendición del número creciente de católicos trae también consigo la prueba de extender los brazos a nuevos miembros. Especialmente para inmigrantes de habla hispana, las dificultades del idioma y las diferencias culturales les presentan una prueba bastante dura. Dar la bienvenida a nuevas personas requiere con frecuencia hacer cambios en la rutina familiar de la vida parroquiana, y a veces, esos cambios pueden ser dolorosos.

Alrededor de éstas y otras pruebas concretas que se nos presentan está la preocupación que tengo acerca de la influencia de nuestra cultura de lo que llamaría un “espíritu partidista” divisivo.

En el ágora pública parece que somos menos y menos capaces de un debate razonado cuando algunos asuntos y opiniones nos dividen. Los programas de entrevistas de radio, los apartados personales en la red electrónica, las cartas al editor y otros medios de expresión pública con frecuencia reflejan una alarmante tendencia a presentar como seres diabólicos a los que no están de acuerdo con nosotros.

Aunque no encuentre que sea ésta la norma en nuestras parroquias y escuelas, existe en la actualidad, incluso en la iglesia de Estados Unidos, lo que yo llamaría una estrategia de “guerra sin cuartel” para ganar discusiones y adelantar agendas que se pueden centrar en ataques y juicios duros acerca de los motivos y la moral de otras personas durante discursos públicos y conversaciones.

Como lo expresó John Allen, corresponsal del Vaticano para el *National Catholic Reporter*, durante su visita reciente a nuestra diócesis: “Somos neoconservadores, carismáticos, reformadores, gente de justicia social. La diversidad es maravillosa. Pero cuando esos grupos dejan de hablarse unos a otros, la iglesia se hace disfuncional. Necesitamos más comunión en nuestra espiritualidad”.

Cuando se nos presenta un desacuerdo entre nosotros, nuestro diálogo debe basarse en pruebas bien informadas y crítica amorosa. En términos de *El catecismo de la Iglesia Católica*, “Para evitar juicios precipitados, cada uno debe de tener cuidado de interpretar lo mejor posible los pensamientos, las palabras y las acciones del prójimo de una manera favorable” (¶ 2478).

La medida mayor de nuestra fidelidad a Cristo no es el éxito en el conflicto, sino el amor. La *communio* a la que hemos sido llamados a promover exige que nos aseguremos de que nuestro deseo por la victoria no debilite nuestra “capacidad para ver lo positivo en otros, dar la bienvenida a ello y apreciarlo como regalo de Dios [. . . .]” (NMI, núm. 43).



La misión esencial de la Iglesia es la de evangelizar; esto es, la de proclamar la Buena Nueva del amor de Dios por medio de lo que decimos y hacemos.

Un compromiso de hospitalidad

El corazón de *communio*, y el corazón de toda espiritualidad cristiana, es el amor. Así, el punto de referencia más importante para nuestra vida juntos es ver si nuestras acciones y actitudes están infusas con amor o no y hasta qué grado lo están o no.

¿Cómo proseguiremos hacia adelante en busca de esta meta? ¿Cómo nos comprometeremos, viviendo nuestra Fe, para ser de una sola mente y de un solo corazón, mientras al mismo tiempo aceptamos la diversidad de dones, experiencia y cultura con que hemos sido bendecidos?

“Unidos en la fe” fue el título y el tema del sínodo diocesano que concluyó en 2001. La preservación de la unidad, mientras que al mismo tiempo celebramos la diversidad, fue uno de los temas predominantes que surgieron de este largo y extenso proceso de diálogo basado en la oración y reflexión.

El trabajo del Espíritu Santo estuvo presente en el Sínodo. Por ese motivo me comprometí a apoyar las prioridades del sínodo mencionadas en el plan pastoral de 2005, *Cómo continuar la misión de la iglesia local: una mirada a través de la lente del discipulado*: Renovación catequística, evangelización explícita y comunicaciones deliberadas.

Hay muchos vínculos entre estas prioridades y la meta de edificar un sentido de *communio*. Es mi esperanza de que, en los días, semanas y meses por venir, cada parroquia y escuela, cada agencia, programa y movimiento diocesano desarrollen estrategias creativas dentro de sus propias circunstancias para llevar adelante estas prioridades de forma que se profundice y expanda nuestra comunión de unos con otros y nuestro servicio al mundo.

Algunos pensamientos finales

En el nuevo año que tenemos a la vista, el Señor nos abre la puerta de la oportunidad, animándonos a que lo sigamos extendiendo los brazos al extranjero y en la reconciliación del mundo con Él mismo en paz y amor.

Les pido que recen por mí mientras camino esta jornada con ustedes en esta peregrinación de fe. Con la vista adelante hacia mi ministerio como obispo de Fort Worth, recuerdo las palabras de San Ignacio de Antioquía en sus escrituras a otros cristianos hace muchos siglos. Su exhortación para ellos nos ofrece un rayo de sabiduría: “amen la unidad, eviten las divisiones, sean imitadores de Jesucristo, así como Él es de su Padre” (Ignacio de Antioquía, Carta a los filadelfos, 7:2).

Nuestra misión es siempre exigente, y debemos poner nuestro mejor empeño para que nuestra generosidad, creatividad y talento estén al servicio del Señor. Excepto que será el poder de Él lo que convierta nuestras labores en fruto. De Él es la gracia que nos traerá la salvación del mundo, y después de todo, nuestra misión siempre se trata sobre la salvación.

Hagamos nuestra la exhortación de San Pablo a los cristianos de Filipo:

Si hay algún estímulo en Cristo, algún incentivo de amor, alguna participación en el Espíritu, algún afecto y compasión, completen mi gozo teniendo la misma mente, teniendo el mismo amor, estando en completo acuerdo y de una sola mente. (Filipenses 2:1-2)

Que Nuestra Señora de Guadalupe, Patrona de América, nos guíe, interceda por nosotros y nos conduzca hacia su Hijo.



Mientras tanto, desearía ofrecer algunos ejemplos y sugerencias.

- **Acoplamiento de parroquia y escuela** – Actualmente contamos con una asociación pastoral con la Diócesis de Juticalpa en Honduras y espero desarrollar otra con la Diócesis de Kikwit en Ruanda. Muchas parroquias y escuelas han celebrado acuerdos formales con otras comunidades católicas, tanto localmente como de lejos. Nuestras escuelas católicas del centro de la ciudad trabajan para colaborar más eficazmente a fin de reducir los costos y mejorar el acceso a familias pobres. La expansión de nuestro compromiso al diálogo y a la asociación con otros cuya vida y circunstancias son diferentes nos enriquece a todos y hace la *communio* más fuerte.
- **Compromiso de continuar la educación en la Fe** – Cuando surgen conflictos en nuestras parroquias y escuelas, una de las causas es con frecuencia un conocimiento incompleto de las enseñanzas de la Iglesia. Nuestra fuerte tradición de educación religiosa, por medio de programas parroquiales y escuelas católicas, nos da el fundamento para extender y profundizar ese conocimiento. La nueva Comisión Catequística Diocesana está incluso al presente trabajando en un plan amplio para mejorar el apoyo a las parroquias y escuelas en su ministerio de formación de fe.
Mientras más nos familiaricemos con la Sagrada Escritura y la doctrina católica, más receptivos estaremos para reconocer la presencia de Cristo en nuestras hermanas y hermanos. Yo especialmente recomiendo el uso del nuevo *Catecismo para adultos de Estados Unidos* como un texto muy legible y de completos recursos.
- **Diálogo ecuménico a nivel de parroquia** – El papa Benedicto XVI, en una carta dirigida a los obispos del mundo entero, antes de su elección como Papa, hace notar que *communio*, “hace un llamado importante para un compromiso ecuménico” e identifica las prioridades para tales conversaciones en “oración, penitencia, estudio, diálogo y colaboración”. (Ver la *Carta a los obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la iglesia que se entienden como comunión*, núm. 17, 18). El entrar en una asociación de oración, estudio y de servicio con otras congregaciones locales se fortalecerán los vínculos que compartimos y se enriquecerá nuestro aprecio por nuestra propia tradición.
- **Compromiso al diálogo dentro de la comunidad de la parroquia y de la comunidad escolar** – Si nos decidimos a aceptar la comunión que se nos promete por medio de la gracia de Dios, tendremos que tomar seriamente nuestra necesidad de conocer y respetarnos mutuamente unos a otros. Juan Pablo II nos recordó que “La comunión debe cultivarse y extenderse día a día y a todo nivel en la estructura de la vida de cada Iglesia” (*NMI*, núm. 45). Eso significa la utilización de las “estructuras de participación”, tales como los consejos pastorales y otros cuerpos de consulta. Si podemos incorporar la oración y la reflexión en la Sagrada Escritura y en las enseñanzas de la iglesia como una parte más significativa de nuestras reuniones, la práctica de *communio* profundizará sus raíces.

Hay otros muchos modos de fomentar la “espiritualidad de la comunión” que Juan Pablo II nos exhorta a adoptar; pero todo debe estar enraizado en nuestra oración personal y comunitaria (como la Misa, la Liturgia de las Horas, las devociones eucarísticas y otras formas de oración particular). Las parroquias y escuelas pueden contar con el apoyo de mi equipo diocesano de trabajo en los días por venir para sus labores locales con recomendaciones concretas para lecturas más amplias, estudio y diálogo.

Con cualquier estrategia que adoptemos, con cualquier medio que usemos para alcanzar la meta de profundizar los vínculos que compartimos con el Señor y, en Él, unos con otros, nuestra palabra clave debe de ser una de “bienvenida”.

